

NOTAS Y TEXTOS

LA ORACIÓN DE JESÚS POR LA IGLESIA

(Ioh. 17, 20-23)

ENSAYO DE EXÉGESIS LÓGICA

Escribía Orígenes: "Audeamus igitur dicere primitias Scripturarum omnium Evangelium esse; Evangeliorum primitias, Evangelium a Iohanne traditum." (1.) Y prosiguiendo esta gradación, podemos añadir: las primicias del Cuarto Evangelio es el Sermón de la Cena, que alcanza su mayor elevación, su más augusta majestad, su más densa plenitud en la llamada oración sacerdotal. Jesu-Cristo, el Pontífice soberano de la Nueva Alianza, ora: ora por sí, ora por sus discípulos allí presentes, ora por todos los creyentes, por la Iglesia universal. Envueltos en las peticiones, relampaguean los más excelsos misterios de la revelación divina: los misterios de la vida divina del Hijo de Dios en el seno del Padre, los misterios de la vida humana del Salvador en comunión íntima con su Iglesia.

Estas luces fulgurantes, cercadas de sombras sagradas, llegan hasta nosotros a través de la débil palabra humana, temblorosa, entrecortada, que, con sus deficiencias, acumula sombras sobre sombras, misterios sobre misterios. Son los ecos de un abismo en otro abismo. Pero el abismo atrae irresistiblemente. Queremos obstinadamente hundir en el fondo del misterio nuestra mirada escudriñadora. Vano empeño, si antes no rasgamos las nieblas de la forma literaria. Para sondear las profundidades, hay que despejar antes la superficie.

Trabajo puramente superficial es el que ahora nos proponemos. Y muy limitado. Nos ceñiremos a la tercera parte de la oración sacerdotal, que ofrece dificultades especiales: tanto más dignas de

(1) In Ioh., tom. I, n. 6. MG, 14, 31-32.

atención, cuanto más sutiles y delicadas: como que muchos intérpretes han pasado sobre ellas, sin advertirlas siquiera (1).

Como base de nuestra investigación, reproduciremos el texto de la *Vulgata* latina, ligeramente retocado conforme al original griego. Y para mayor facilidad, presentaremos los incisos separadamente, conservando, provisionalmente, la puntuación de la *Vulgata*.

- 20.—a) Non pro his autem rogo tantum,
- b) sed et pro credentibus per verbus eorum in me:
- 21.—c) ut omnes unum sint,
- d) sicut tu Pater in me, et ego in te,
- e) ut et ipsi in nobis sint:
- f) ut mundus credat, quia tu me misisti.
- 22.—g) Et ego claritatem, quam dedisti mihi, dedi eis:
- h) ut sint unum, sicut nos unum.
- 23.—i) Ego in eis, et tu in me:
- j) ut sint consummati in unum:
- k) ut cognoscat mundus quia tu me misisti,
- l) et dilexisti eos, sicut me dilexisti.

La principal dificultad está en el verso 21. La mayor parte de los intérpretes lo entienden así, como traduce el P. Lino Murillo:

- c) ...a fin de que todos sean una cosa,
- d) como tú, oh Padre, en mí y yo en ti,
- e) para que también ellos sean una cosa (2) en nosotros.
- f) y el mundo conozca que tú me enviaste...

(1) Tales son: Maldonado, Patrizi, Simón-Prado, Casiodoro de Reina, Juan de Robles, De la Torre, Murillo, Sales, y, entre los numerosísimos comentaristas alemanes y franceses, Kistemaker, Arndt, Lohmann, Meschler, Kepler, Ecker, Rosch, Tillmann, Pölzl, Sickenberger, Belser, Fillion, Crampon, Segond, Loisy, Lagrange, Durand, Joüon, Lebreton. Deficiente es esta lista; pero, despojados de nuestras bibliotecas, no hemos habido a la mano otros libros de que antes disponíamos.

(2) El P. Murillo lee, como la *Vulgata*, "ut et ipsi in nobis *unum* sint". Conservan también *unum* el *Textus receptus*, von Soden, Vogels, Merk; pero lo suprimen Tregelles, Tischendorf, Westcott-Hort, Weiss, Weymouth, Lagrange, Durand, Joüon, Tillmann, Belser, Sickenberger. La omisión, atestiguada por B W C* y por D, apoyados por las versiones más antiguas (sa, achm, vet-lat, vet-syr arm) y por Clem-Al e Hil, es primitiva, confirmada, además, por la crítica interna. Por esto le hemos dado la preferencia.

Lo característico, y lo dificultoso, de semejante interpretación se concentra en dos puntos: primero, en dar sentido *final* a los incisos c) y e); segundo, en juntar y relacionar el inciso d) con el inciso c), haciendo de entreambos una frase completa.

En el primer punto no es menester insistir mucho. Es evidente que los incisos c) y e) expresan, no el fin, sino el objeto de la oración. Que no pide el Salvador otra gracia, cuyo fin o término sea la unidad, sino que pide directamente esta misma unidad. Los mismos intérpretes que traducen estos incisos dándoles el matiz de finalidad, luego en el comentario los exponen como objeto o contenido de la oración. Baste, como muestra, el comentario del mismo P. Murrillo: "El objeto de su oración o lo que para ellos pide es la unión entre sí." (1.)

Toda la dificultad está en el segundo punto. ¿Hay que juntar el inciso d) con el precedente c), o con el siguiente e)? Para decidir entre ambas hipótesis no apelaremos a la impresión subjetiva, que suele ser vacilante y, a veces, engañosa, sino más bien a los principios o normas generales de la hermenéutica.

Ante todo, examinemos el contenido de cada inciso. El inciso c) "ut omnes unum sint" habla de la unidad; el siguiente d) "sicut tu Pater in me, et ego in te" expresa, por vía de comparación, la mutua inmanencia o, como dicen los Teólogos, la circumincisión entre el Padre y el Hijo; el inciso e) "ut et ipsi in nobis sint" propone la inmanencia de los fieles en el Padre y el Hijo. Ya sola esta sencilla observación creemos que es decisiva. La inmanencia de las divinas personas, de que se habla en el inciso d), guarda evidentemente mayor afinidad o conexión con el siguiente, en que también se expresa la inmanencia, que no con el precedente, en que se propone simplemente la unidad. Se recomienda, consiguientemente, por su naturalidad y sencillez esta puntuación: "Ut omnes unum sint. Sicut tu Pater in me et ego in te, ut ipsi in nobis sint." (2).

(1) Lo mismo hacen, entre los autores antes mencionados, Maldonado, Simón-Prado, Sales, Kepler, Tillmann, Pölzl, Sickenberger, Belser, Fillion, Crampon, Durand..., además de Toledo y otros que citamos a continuación.

(2) Adoptan esta división y puntuación, entre los autores que hemos podido consultar, Toledo, A. Lapide, Bayle, Knabenhauer, Weber, Westcott, de quien, directa o indirectamente, sospechamos que dependen las modernas ediciones protestantes de Cipriano de Valera. Son dudosos Re y Grundl. Merece

Los versículos siguientes llevan a idéntica conclusión. En el inciso h) se establece también una comparación, análoga a la del versículo 21: "ut sint unum, sicut nos unum"; pero en esta comparación ambos extremos hablan de la unidad: de la unidad de los fieles, cuyo modelo es la unidad de las divinas personas. Esta afinidad de ambos extremos, sugiere que también en el versículo 21 la comparación ha de versar entre extremos afines: la mutua inmanencia.

En el versículo 23 el inciso i) "Ego in eis, et tu in me", habla de la inmanencia, el siguiente j) "ut sint consummati in unum" habla de la unidad. Pero entre ambos conceptos no se establece comparación: la comparación, tácita, se halla dentro del inciso i): sino que el segundo se presenta como fin, término o resultado del primero. Esta conexión entre ambos conceptos de inmanencia y unidad explica la que existe, inversamente expresada, entre el inciso c) y los incisos d) y e). La inmanencia propuesta en estos últimos es la raíz o principio de la unidad indicada en el primero.

Otra razón que confirma la misma hipótesis se halla en el inciso k), sustancialmente idéntico al inciso f): "ut mundus credat,— ut cognoscat mundus—, quia tu memisisti". ¿Qué es lo que ha de conocer el mundo para creer en la divina misión de Jesu-Cristo? Evidentemente, ha de ser algo visible, patente, que pueda comprobarse con la experiencia. Ahora bien, de los dos conceptos, el de la inmanencia y el de la unidad, el primero es inasequible a la comprobación experimental, el segundo, en cambio, puede comprobarse experimentalmente y aun palpablemente. Por esto, en el versículo 23 el inciso k) sigue inmediatamente al inciso j) en que se habla de la consumación de la unidad. Es lógico. En el versículo 21, si el inciso d) se junta con el precedente, entonces, dividido el versículo en dos partes iguales, cada una de dos incisos, la fe en la divina misión de Jesu-Cristo, expresada en el inciso f) no tiene otra comprobación más que la inmanencia de los fieles en Dios, la cual, escapando a todo conocimiento experimental, no puede ser objeto de credibilidad. En cambio, si se junta el inciso d) con el siguiente, entonces,

especial mención la versión atribuida a Torres Amat, que da a esta división un especial relieve. Este acierto, difícil y delicado, es un indicio más de que no fué Torres Amat el autor de la versión que lleva su nombre. Esperamos que algún erudito afortunado y perspicaz no tardará en restituir definitivamente esta versión al expetrido Jesuita Petisco.

dividido el versículo en tres partes desiguales, el inciso c), enfáticamente aislado, domina todo el pensamiento, y a él se puede y debe referir naturalmente el inciso f).

Por todas estas razones, contra las cuales no milita ninguna en sentido contrario, hay que concluir que en el versículo 21 el inciso d) ha de juntarse lógicamente con el siguiente e), formando con él una frase completa, que muestra en la inmanencia de los fieles con Dios el fundamento o raíz de la unidad, enfáticamente señalada en el inciso c).

* * *

Fijada así la estructura del versículo 21, queda precisada la significación y esclarecido el desenvolvimiento de todo el pasaje. La repetición del inciso f) en el inciso k), a manera de estribillo, determina claramente la división del pasaje en dos períodos, o, si se quiere, estrofas: cuya exégesis formal, lógica o literal intentaremos brevemente. Labor de superficie, nada más. Adelantemos la versión.

20 I. No ruego solamente por éstos,
sino también por los que creerán en mí por su pa-
[labra:

21 Que todos sean una cosa:
como tú, Padre, en mí y yo en ti,
que también ellos estén en nosotros:
para que el mundo crea que tú me enviaste.

22 II. Y yo he dado a ellos la gloria que me diste:
para que sean una cosa, como nosotros somos una
[cosa.

23 Yo en ellos, y tú en mí,
para que sean consumados en la unidad:
a fin de que conozca el mundo que tú me enviaste,
y los amaste a ellos, como me amaste a mí.

A manera de introducción, declara el Sumo Sacerdote por quienes ora. Hasta aquí ha orado por sí y por sus discípulos presentes: ahora, extendiendo su mirada a los siglos venideros, extiende a ellos igualmente su oración. Por todos los creyentes de todas las naciones y de todos los siglos ora a Dios Padre el Pontífice supremo de

la Nueva Alianza. Por todos los que creerán en él; con decir en él, en Jesu-Cristo, está dicho todo. Jesu-Cristo es toda la fe, toda la revelación divina, toda la religión cristiana. Su persona y su obra cifran y condensan en sí toda la economía de la salud humana, los insondables misterios de la sabiduría de Dios, los prodigios asombrosos de su amor, los portentosos alardes de su omnipotencia. Por todo los que han de creer; pero mediante la palabra de los Apóstoles: por la Iglesia *Apostólica*.

¿Y qué pide Jesu-Cristo? Que todos sea una cosa: *omnes unum!* Todos: de todas las razas y de todos los tiempos, de todos estados y de todas condiciones. Nadie es excluido, todos comprendidos. La Iglesia Apostólica es ahora la Iglesia universal, la *Iglesia católica*. Y todos estos, en su innumerable multitud, en sus variadísimas diferencias, ¿se han de asociar? ¿se han de unir? No: esto sería poco. No se contenta Jesu-Cristo con la unión: reclama la más estricta unidad. La Iglesia Apostólica, la Iglesia católica, es ahora la Iglesia *una*. La catolicidad reducida a la unidad.

Por encima de esta unidad se cierne la inmanencia en Dios. A imagen y semejanza de la circumincesión divina es levantada la Iglesia a una misteriosa inmanencia de Dios en el hombre y del hombre en Dios. Ruega el Salvador: "Como tú, Padre, en mí y yo en ti, así también nosotros en ellos y ellos en nosotros". Que así hay que completar la comparación apuntada por Jesús. Sin duda, estas dos inmanencias, la del Hijo en el Padre y la del hombre en Dios, no son de un mismo orden. Pero, si la segunda, comparada con la primera, no es sino un pálido reflejo, una tenue sombra, con todo, el solo hecho de compararlas a entrambas manifiesta bien claro de cuán subidos quilates, de cuán divino temple, sea la recíproca inmanencia de Dios en el hombre y del hombre en Dios. Esta inmanencia es la consagración, la santificación de la Iglesia. A la Iglesia Apostólica, católica, una, sigue por fin la Iglesia *santa*, divinamente santa. Estas dos gracias, la unidad y la inmanencia en Dios, aparecen por ahora solamente yuxtapuestas: su mútua conexión nos la declarará luego el divino Salvador.

Esta unidad de la Iglesia, tan inmensamente superior a las fuerzas humanas, ha de ser, en el pensamiento de Jesu-Cristo, un poderoso motivo de credibilidad, que convenza al mundo de su divina misión: "para que el mundo crea que tú me enviaste".

En el segundo período o estrofa precisa el Salvador las peticiones contenidas en el primero.

Comienza con una declaración misteriosa: "Y yo he dado a ellos la gloria que me diste". ¿Cuál es esta gloria, que el Hijo recibe del Padre y comunica a los hombres? Jesu-Cristo, en cuanto Dios, recibe del Padre la vida divina, la filiación divina; en cuanto hombre, recibe de Dios la misión divina, la plenitud del Espíritu Santo. Todo esto, en cuanto puede ser participado por una pura criatura y en cuanto se ordena a producir en el hombre una unidad semejante a la divina, constituye la gloria que Jesu-Cristo recibe del Padre y trasmite a los hombres. Querer precisar o concretar más, entendiéndolo exclusiva o principalmente de la Eucaristía, de la resurrección (1), nos parece limitar indebidamente la magnífica declaración del Salvador.

Esta gloria la comunica Jesu-Cristo a los hombres, "para que sean una cosa, como nosotros somos una cosa". Por segunda vez se encarece la unidad, y una unidad, que emule en lo posible la unidad sustancial que existe entre las divinas personas.

La conexión entre la inmanencia y la unidad, antes simplemente yuxtapuestas, aparece con toda claridad en las frases siguientes: "Yo en ellos y tú en mí, para que sean consumados en la unidad". La primera frase, abreviada o condensada, se resuelve en esta otra plenamente desarrollada: "Yo en ellos y ellos en mí, yo en ti y tú en mí". En la cual aparece Jesu-Cristo como el centro, lazo de unión y Mediador de la inmanencia o comunión entre el hombre y Dios. La comprensiva fórmula de San Pablo: "en Cristo-Jesús" y su Teología entera se hallan ya como en germen en estas palabras del Salvador.

Esta inmanencia tiene como objeto, fin o resultado la unidad. ¡Y qué unidad! "Ut sint consummati in unum." La unidad consumada, la consumación en la unidad. Tal es la conexión o relación entre ambos conceptos: la inmanencia es raíz, principio y fundamento de la unidad consumada. En tanto la universalidad de los creyentes puede alcanzar semejante unidad, en cuanto unidos y como concentrados todos en Jesu-Cristo, en él, con él y por él quedan como compenetrados con Dios.

(1) Pueden verse las diferentes interpretaciones de esta "gloria" en Knabenbauer, *In Ioh*, in loc.

Esta consumación en la unidad se propone de nuevo como irresistible motivo de credibilidad, por el cual conozca el mundo que Jesu-Cristo es el enviado de Dios: es un milagro moral, no inferior a los físicos, un sello divino que acredita y como refrenda el mensaje del que se presenta como legado divino. Este inciso k), cotejado con el correspondiente f), sugiere una observación importante. En aquel se decía: "para que el mundo crea..."; en éste: "para que conozca el mundo...". El estricto paralelismo de estos dos incisos muestra la correspondencia que existe entre *conocer* y *creer*; correspondencia, que permite la sustitución del uno por el otro, sin que varíe sustancialmente el sentido de la frase. Esta correspondencia demuestra que la fe no es un sentimiento del corazón, como pretenden los protestantes y, a su modo también, los modernistas, sino un acto (o disposición) de orden intelectual.

El último inciso es el más regalado de todos. Por el milagro de la unidad cristiana conocerá el mundo, —y tal es el intento de Dios—, que "los amastes a ellos, como me amaste a mí". Grande ha de ser el amor de Dios a los hombres, para que pueda ser reflejo e imagen del amor infinito del Padre eterno a su divino Hijo. Si este amor no es precisa o exclusivamente, como quiere Maldonado, la gloria que el Hijo recibe del Padre y a su vez transmite a los hombres, es, sin duda, el principio y origen primero de esta amorosa comunicación. Y, como la gloria se concentra y recoge primero en Jesu-Cristo, y de él se comunica a los hombres, así también el amor del Padre converge todo en Jesu-Cristo, y de él, por él y en él se extiende luego a los hombres. Las corrientes eternas del amor divino confluyen en el Corazón de Jesu-Cristo, para que su desbordante plenitud se derrame a raudales sobre la Iglesia de Jesu-Cristo.

No nos hemos abismado en el misterio: sólo nos hemos acercado al borde del insondable abismo. Llegar al fonde es imposible a la débil inteligencia humana: abismarse en él, y en él perderse y anegarse en inefables delicias, es don divino concedido a la fe humilde y a la contemplación amorosa. Pero aún lo poco que de él hemos logrado entrever es ya suficiente para una consecuencia, que ¡ojalá se nos grabase profundamente en el corazón! Aquellas vibrantes palabras del divino Salvador: "*Ut omnes unum sint*" habían de resonar continuamente en los oídos cristianos, para desterrar y anular para siempre de ellos todas las discordias, todas las rivalidades,

todas las diferencias. Todo principio de división ha de quedar dominado, absorbido, en el gran principio de la unidad cristiana, en la consumación de la unidad, en la unidad del amor universal. El día que reine entre los cristianos esta unidad, el mundo se postrará a los pies de Jesu-Cristo, reconociéndole y proclamándole como el verdadero y único Salvador de los hombres.

JOSÉ M. BOVER

Aalbeek (Holanda).

"LES DEUX SOURCES DE LA MORALE ET DE LA RELIGION"

Por HENRI BERGSON

El contenido de tan curioso y encomiado libro se podría resumir en el siguiente esquema: La evolución creatriz desarrollada en el sentido de la inteligencia se ha detenido en la especie humana, en el hombre sociable. El principio determinante y regulador de esa evolución ha intentado *en cierto modo* (1) la sociedad (pp. 53, 306); pero no la *sociedad única*, formada por todos los hombres, sino las múltiples encerradas en el círculo de sus respectivos egoísmos, despreocupada cada una de las demás, y aun hostil hacia ellas hasta la guerra y la destrucción. (PP. 52-55, 250.) Donde sólo interviene el instinto, como en las sociedades de hormigas y abejas, los individuos se sienten necesitados a obrar, cual conviene al bien común, y en tal proceder no hay jamás desviación por parte de los mismos particulares, pues carecen de toda facultad con que ver y preferir el bien individual al social. Pero en la sociedad humana, la inteligencia, capaz, como es, de advertir y anteponer el interés personal, puede ser causa de que el individuo obre de modo contrario a la conservación y perfección de la especie. Entonces la misma inteligencia, persuadida en oportunas reflexiones de que el mismo interés personal queda comprometido en la ejecución de actos opuestos a la cohesión del organismo social, motivará *cierta resistencia a las resistencias* del amor propio, del egoísmo.

(1) Nous n'affirmons pas que la nature ait proprement voulu ou prévu quoi que ce soit. Mais nous avons le droit de procéder comme le biologiste, qui parle d'une intention de la nature toutes les fois qu'il assigne une fonction à un organe: il exprime simplement ainsi l'adéquation de l'organe à la fonction." P. 53.